

IX

Mariana y su tío entraron en el comedor, después de dejar en la cocina los utensilios que les habían servido en su expedición. Enriqueta notó al instante el desorden de los vestidos de su prima.

—Has hecho algún nuevo descubrimiento, ¿no es verdad?—preguntó con ironía.

—Sí, por cierto,—contestó su padre.

—Ya me lo figuraba al ver cómo viene de sucia.

—Ven conmigo, Amelia,—dijo monsieur Derval á su esposa,—tengo que hablarte antes de almorzar.

—En verdad, Mariana,—dijo Enriqueta sentándose á la mesa,—que cuándo tú haces algún descubrimiento tan útil á todos, la casa entera se trastorna.

—¡Ah, mi querida prima!—repuso Mariana

—¿por qué te burlas de esta pequeña manía? Nadie es perfecto en el mundo; pero yo estoy segura de qué, por esta vez, apreciarás mi descubrimiento.

—Sí, ya me figuro que será maravilloso.—

Lo que ahora he hallado,—dijo Mariana algo herida,—es en efecto, algo importante.

—¿Para quién? ¿Me lo podrás decir?

—Para mis tíos y para tí, querida Enriqueta. ¡Ah! ¡soy ahora tan feliz!

—Bien, bien,—interrumpió con enojo mademoiselle Derval;—como siempre, haces la víctima y aparentas sacrificarte; esa es tu manía; pero por esta vez incomodas más que de costumbre, y puedes guardarte para tí sola lo que has hallado...

—Tienes razón,—interrumpió monsieur Derval, que apareció súbitamente y que había oído las últimas palabras de su hija.—Mariana sola se aprovechará del descubrimiento que hoy ha hecho, y yo declaro aquí que usará de él como mejor le parezca. Ahora almorzaremos, y así que concluyamos, Mariana nos enseñará lo que ha encontrado esta mañana.

Enriqueta estuvo silenciosa durante toda la comida, pero notó con asombro que los semblantes de sus padres y de su prima llevaban impresa la expresión de una emoción profunda y de una viva alegría, y llegó á creer que esta vez se trataba de un objeto más precioso que los cuadros y los muebles que tanto halagaban, sin embargo, su gran vanidad.

Terminado el almuerzo, monsieur Derval dió

la señal de partida y toda la familia bajó al subterráneo.

Enriqueta y su madre quedaron desvanecidas por algunos instantes á la vista de tantas riquezas. Aquel monte de oro, aquella inmensa cantidad de pedrerías las deslumbraba, las miradas de la jóven egoísta iban casi espantadas á fijarse, ora en su padre, ora en su prima, que se sonreía con una expresión de inefable dicha.

—Este es,—dijo monsieur Derval,—el descubrimiento que ha hecho Mariana; ya ves que lo que ella ha dicho hace poco no merecía tus burlas, porque era justa, y aun más que justa, demasiado humilde, al hablarte de lo que había hallado; la pobre niña era muy dichosa al anunciártelo, mientras que yo contaba á tu madre por qué casualidad providencial, nosotros, que éramos pobres ayer, hoy llegábamos á ser ricos; tú has sido injusta y cruel para tu prima; pero tú misma te has castigado como mereces, declarando que lo que tu prima ha encontrado debe guardárselo...

!—Ah, tío mío!—exclamó Mariana interrumpiéndole,—¡habéis podido pensar que yo aceptaría ni una sola moneda de ese tesoro que es de mi tía y que le pertenece entero! Y tú, prima mía,—prosiguió adelantando dos pasos hacia Enriqueta,—no me des gracias, porque es Dios quien lo ha hecho todo; sólo te pido un favor, aquí delante de tus papás, que tanto te quieren; puesto que ya eres rica, puesto que nada tienes que desear, ámame un poco, querida Enriqueta, y yo te volveré tu afecto centuplicado.

Enriqueta, confusa y avergonzada, alargó la mano á su prima.

—¡Y qué!—exclamó mademoiselle Derval,—¿rehusas tu parte en esta fortuna que tú sola has hallado? Esto es injusto, Mariana, y yo, que he desconocido hasta hoy lo que valías, deseo ahora que aceptes...

Mariana se arrojó en los brazos de su prima.

—Nada quiero de esto, como tampoco hubiera querido la mitad de tu dote,—dijo en voz baja y al oído de su prima,—¡Oh! no te quieras excusar conmigo,—dijo al ver que Enriqueta iba á hablar;—yo misma te excuso y te perdono; la pobre hormiguita es un poco avara de cariño.

—Sí,—respondió Enriqueta con efusion,—ya veo cuán buena, cuán tierna y cariñosa eres, Mariana mía; déjame que te abrace con todo mi corazón; ¿me perdonas deveras mi dureza y mi injusticia para contigo?

—No hablemos del pasado, sino del presente. ¿Es cierto que me quieres un poco, Enriqueta?

—¡Ah! ¡yo te amaré toda la vida como la hermana más tierna, mi buena Mariana!—exclamó la jóven, enjugando sus ojos.

—Hija mía,—dijo madama Derval,—tu arrepentimiento borra tus faltas; porque si tu cabeza ha sido hasta hoy vanidosa y lijera, tu corazón es bueno y tierno; mi esperanza está realizada, porque yo sabía que, gracias á este ángel que llamamos Mariana, tu reconocerías tus errores. Acuérdate hija mía, de que el tesoro de

una casa no es ese montón de riquezas que tenemos á nuestros pies; ¡es una amiga, una hermana buena, cariñosa é inteligente, como lo ha sido y lo será Mariana para ti!

—Tío mío,—dijo Mariana toda confusa con los elogios de madama Derval,—yo he hecho y guardado algunos sacos, que corté de pedazos fuertes. Si vos y mi tía quisiérais, podíamos irlos llenando y subir todo esto á vuestro escritorio.

—¡Querida y modesta niña!—exclamó su tío abrazándola con ternura;—¡bendito sea el día en que veniste á esta casa, porque tu has traído, no sólo la riqueza y la dicha, sino también el buen ejemplo de tus virtudes!

—¡Benditos seáis vosotros, tíos míos!—exclamó la niña,—¡vosotros, que me habéis recogido como unos buenos padres! No soy yo quien os da ese tesoro: es *la caridad*.

FIN



MODESTIA

—Y—

VANIDAD.

POR MARIA DEL PILAR SINUES.

Edición de "La Defensa del Pueblo."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE DR. MIER, MONTERREY, MEXICO

MONTERREY.

IMPRENTA CATÓLICA.

CALLE DE DR. MIER NUMERO 70.

1890.